

ella (a), y se guardaría como los ojos de la cara; con su contera de que: «Perdone el atrevimiento;» y «que no se avergonzaran á otra persona». Habían pues flechado cien papeles destos, rociando (1) de estafa todo el lugar. Llevábalos un compañero panza al trote, insigne clamista, que con una barba de cola de pescado y una capa larga pintaba en platicante de médico. Quedó el nido de emprestillonos haciendo la cuenta de cuánto dinero traería; y sobre si serían seiscientos ó cuatrocientos reales, armaron una zalagarda del diablo. Llegaron á reñir y á desmentirse sobre lo que se había de hacer de lo que pillasen; y tanto se enfurecieron, que saltaron de las camas, con tal dieta de camisas las partes bajas, que era más fácil darse de azotes que de sopapos. Entró en este punto la estafeta de los enredos con tufo de «no hay, no tengo, Dios los provea». Traía las dos manos descubiertas, sin codo manco: señal de desembarazo. Víanse las dos barajas de billetes. Quedáronse transidos viendo que su fábrica pintaba en solas respuestas de retorno; y con prosa (2) falida de voz dijeron: «¿Qué tenemos?» «Que no tienen,» respondió el sacatrapos; «entreténganse vustedes en leer, ya que no pueden contar.» Empezaron á abrir billetes. El primero decía: «No he sentido en mi vida cosa tanto como no poder servir á vuesa merced con esta niñería.» Pues socorriérame, y lo sintiera más. El segundo: «Señor mío, si ayer recibiera su papel de vuesa merced, le pudiera servir con mil gustos.» ¡Válgate el diablo por ayer, que te andas cada día tras los embestidores! El tercero: «El tiempo está de manera...» ¡Oh maldito caballero almanac! ¿Pidente dinero, y das pronóstico? El cuarto: «No siente vuesa merced tanto su necesidad, como yo no poder socorrerla.» ¿Quién te lo dijo, demonio? ¿Profeta te haces, miserable? ¿Cuando te piden, adivinas? No hay más que leer, dijeron todos; y alzando un zurrido infernal, dijeron: «Ya es de noche; desquitémonos de lo gastado royendo las obleas de los sellos, á falta de cena, y juntemos estos billetes con otros dos cahízes que tenemos, y véndanse á un confitero, que por lo ménos dará por ellos cuatro reales para amortajar especias, y encorozar confites, y hacer mantellinas al azúcar de las pellas, y calzar los bizcochos.» «Esto de pedir prestado, decía bostezando el andadero, diez años há que murió súbito; ya no hay qué prestar sino paciencia. Por no ver los gestos y garambainas que hacen con las caras los embestidos, puede uno darles lo que les pide; y hecha la cuenta, se gasta más en secretaría y trotes, que se cobra. Caballeros de la arrebatiña, no hay sino ojo avizor.» En esto estaban los pescadores de papel, cuando los cogió la hora; y dijo el más desembañado de persona: «Mucho se nos hacen de rogar los bienes ajenos, y si aguardamos á que se nos vengán á casa, pereceremos en la calle. No es buena ganzá la oratoria, y la prosa se entra por los oídos y no por las faltriqueras. Dar audiencia al que pide cuartos, es dar al diablo; más fácil es tomar que petir; evando todos guardan no hay que aguardar; lo que conviene es hurtar de boga arrancada y con consideración: quiero decir, considerando que se ha de hurtar de suerte que haya hurto para el que acusa, para el que

(a) Los buscarían sobre ella. Se sobreentiende los dineros.

(1) de estafeta á todo el lugar. (Desde la edic. de Zaragoza hasta hoy todas.)

(2) salida de voz (ld.)

escribe, para el que prende, para el que procura, para el que aboga, para el que solicita, para el que relata y para el que juzga, y que sobre algo; porque donde el hurto se acaba, el verdugo empieza. Amigos, si nos desterraren es mejor que si nos enterrasen: los pregones por un oído se entran y por otro se salen; si nos sacan á la vergüenza, es saca que no escuece, y yo no sé quién tiene la vergüenza adonde nos han de sacar; si nos azotaren, á quien dan no escoge; y por lo ménos oye un hombre alabar sus carnes, y en apeándose un jubon cubre otro. En el tormento no tenemos riesgo los mentirosos, pues toda su tema es que digan la verdad, y (3) con *hágome sastre* se asegura la persona. Ir á galeras es servir al Rey y volverse lampiños: los galeotes son candiles que sirven á falta de velas. Si nos ahorcan, que es el *finibus terrae*, tal día hizo un año; y por lo ménos no hay ahorcado que no honre á sus padres, diciendo los ignorantes que los deshonran, pues no se oye otra cosa, aunque el ahorcado sea un pícaro, sino que es muy bien nacido y hijo de buenos padres. Y aunque no sea sino por morirse uno dejando de la agalla á la botica y al médico, no le está mal la enfermedad de esparto. Caballeros, no hay sino manos á la obra.» No lo hubo dicho, cuando revolviéndose las sábanas de las camas al cuerpo, y engulléndose el candil en el balsopeto, se descolgaron por una manta á la calle desde una ventana, y partieron como rayos á sofaldar cofres, y retazar (4) pestillos, y manosear faltriqueras (b).

XXIII. La imperial Italia, á quien solo quedó lo augusto del nombre, viendo gastada su monarquía en pedazos, con que añadieron tan diferentes principes sus dominios, y ocupada su jurisdicción en remendar señoríos, poco ántes desarrapados; desengañada de que si pudo con dicha quitar ella sola á todos lo que poseían, había sido fácil quitarla á ella todos lo que sola les había quitado; hallándose pobre y sumamente ligera, por haber dejado el peso de tantas provincias, dió en volatin, y por falta de suelo, andaba en la maroma, con admiración de todo el mundo. Fijó los ojos de su cuerda en Roma y en Saboya. Eran auditorio y aplauso España del un lado, y Francia del otro. Estaban cuidadosos estos dos grandes reyes, aguardando hácia dónde se inclinaba en las mudanzas y vueltas que hacía, para si por descuido cayese, recogerla cada (5) una. Italia, advertida de la prevención del auditorio, para tenerse firme y pasear segura tan estrecha senda, tomó por baston la señoría de Venecia en los brazos; y equilibrando sus movimientos, hacia saltos y vueltas maravillosas, unas veces fingiendo caer hácia España, otras hácia Francia; teniendo por entretenimiento la ansia con que una y otra extendían los brazos á recogerla, y siendo fiesta á todos la burla que restituyéndose en su firmeza les hacía. Pues estando entretenidos en esto, cógelos la hora; y el rey de Francia, desconfiado de su arrebatiña, para que diese (6) zaparrazo á su lado empezó á falsear el asiento del eje de la maroma, que estaba afir-

(3) nosotros jamás la decimos. Con *hágome* (Edic. de Zaragoza y todas las posteriores.)

(4) retocar (ld. ménos la de Bruselas.)

(b) Todos los ejemplares del siglo anterior y del presente se hallan plagados de erratas y desatinos en este capítulo.

(5) uno (La impresión de Zaragoza y todas las siguientes.)

(6) zapatazo (ld.)

mado en Saboya. El monarca de España, que lo entendió, le añadía por puntales el estado de Milan y el reino de Nápoles y á Sicilia. Italia, que andaba volando, echó de ver que el baston de Venecia, que trayéndole en las manos la servía de equilibrio, por otra parte la tenía crucificada, le arrojó, y asiéndose á la maroma con las manos, dijo: «Basta de volatin; que mal podré volar si los que me miran desean que caiga; y quien me (1) balanza y contrapesa me crucifica;» y con sospecha de los puntales de Saboya, se pasó á los de Roma, diciendo: «Pues todos me quieren prender, Iglesia me llamo, donde si cayere habrá quien me absuelva.» El rey de Francia se fué llegando á Roma con piel de cardenal por no ser conocido; empero el rey de España, que penetró la maula de disfrazar el monsiur en monseñor, haciéndole al pasar cortesía, le obligó á que quitándose el capello, descubriese lo calvino de su cabeza (a).

XXIV. El caballo de Nápoles, á quien algunos han hurtado la cebada, otros ayudado á comer la paja, algunos le han hecho rocin, otros posta azotándole, otros yegua; viendo que en poder del duque de Osuna, incomparable virey, invencible capitán general, juntó pareja con el famoso y leal caballo que es timbre de sus armas, y que le enjaezó con las granas de las dos mahonas de Venecia (b) y con el tesoro de la nave de Brindis; que le hizo caballo marino con tantas y tan gloriosas batallas navales; que le dió verde en Chipre, y de beber en el Tenedo (c) cuando se trujo á las ancas la nave poderosa de la Sultana, y de Salónica (d), para que le almohazase (e), al capitán de aquellas galeras con su capitana; por lo cual Neptuno le reconoció por su primogénito, el que produjo en competencia de Minerva;—acordábase que el grande Giron le había hecho gastar por herraduras las medias lunas del turco, y que con ellas fueron sus coces sacamuélas de los leones venecianos en la prodigiosa batalla sobre Ragusa, donde con quince velas les desbarató ochenta, obligándolos á retirarse vergonzosamente, con pérdida de muchas galeras y galeazas, y de la mayor y mejor parte de la gente. Cuando se acordaba destos triunfos, se via sin manta y con mataduras y muermo, que le procedía de plumas de gallina que le echaban en el pesebre. Viase ocupado en tirar un coche quien fué tan áspero, que nunca supieron (con ser buenos bridones) los franceses tenerse encima dél, habiéndolo intentado muchas veces. Ocasiónóle el miserable estado en que se via tal tristeza y desesperación, que enfutecido, y relinchando clarines, y resollando fuego, quiso ser caballo de Troya y á corcovos y manotadas asolar la ciudad (f). Al ruido entraron los sexos

(1) balanza (Todos los impresos.)

(a) Falta este último párrafo en la edición de Zaragoza, y no ha sido impreso nunca en España. Hállase en la de Bruselas.

(b) En las páginas 482 y siguientes, y en las notas que al pié sirven de ilustración, encontrará el curioso noticia de estos sucesos.

(c) Tenedos, isla de la Natolia, célebre por sus vinos, sobre la costa de Adin-Zic, al sudeste de Lémnos y cercana al estrecho de Gallipoli.

(d) Esto es, desde Salónica ó Tesalónica, antigua y famosa ciudad de la Turquía europea, capital de la Macedonia, con un buen puerto y muchos fuertes.

(e) Para que se almohazase al capitán imprimieron en Zaragoza, y este desatino ha venido sin excepcion reproduciéndose hasta hoy, con más el de concluir el periodo en *Minerva*, dejando colgado el sentido.

(f) No será impertinente copiar aquí lo que acerca de este ca-

de Nápoles, y arrojándole una toga en la cara, le taparon los ojos, y con halagos, hablándole calabrés cerrado, le pusieron maneotas y cabestro. Y estándole atando á un aldabon del establo, cógelos la hora; (g) y dos de los sexos dijeron que convenia y era más barato dar á Roma de una vez el caballo, que cada año una hacanea con dote (h), y quitarse de ruidos, pues segun le miraban, se podía temer que le matasen de ojo los nepotes (i). A esto, demudados, respondieron los otros que el rey de España le aseguraba de tal enfermedad con tres castillos que le tenía puestos en la frente por texon, y que primero le cortarían las piernas que verle servir de mula y escondido en hopalandas. Los dos replicaron que parecia lenguaje de herejes no querer ser papistas, y que ninguna silla le podía estar tan bien como la de san Pedro. A esto dijeron coléricos los demás que para que los herejes no hiciesen al Pontífice perder los estribos en aquella silla, convenia que solo el rey de España se sirviese deste caballo. Unos decían *bonete*, otros *corona*; y de una palabra en otra se envedijaron de suerte, que si no entra el electo del pueblo, se hacen pedazos; el cual sabiendo dellos la ocasion de la pendencia, les dijo: «Este caballo, con ser desbocado, ha tenido muchos amos, y las más veces se ha ido él por su pié, que dejándose llevar del ranzal. Lo que conviene es guardarle con cuidado; que anda en Italia mucha gente de á pié que busca bagaje, y cuatros con botas y espuelas; y el gitano trueca borricas que le ha hurtado otras veces, y ahora tiene puerta falsa á la estala (j); y no conviene que le almohace ningun mozo de caballos franceses, que le hacen cosquillas en lugar de limpiarle; y tanto ojo con los monsiures, que se visten manteo y sotana para echarle la pierna encima.»

XXV. Estaban ahorcando dos rufianes por media do-

ballo escribe Pandolfo Colenucio en su *Historia del reino de Nápoles*, lib. 4, cap. 14. Refiriendo cómo el rey de Alemania, Conrado, tomó por fuerza de armas la ciudad en 1233, derribó sus muros y asoló muchos palacios de próceres rebeldes, «fué (dice) después á la iglesia mayor, y en medio de la plaza della estaba un caballo de bronce sin freno, estatua antigua guardada allí para ornamento, y por ventura por armas de la ciudad. Conrado le hizo poner sobre las riendas estos dos versos esculpidos:

*Hactenus effrenis, domini nunc paret habenis:  
Rex domat hunc aequus Parthenopenis equum.*

(g) Aquí hubo de cortar la censura ó el que preparó la edición de Zaragoza, suprimiendo lo que sigue hasta el fin, y estropeando un capítulo como este de tal importancia política. Hasta ahora pues no ha visto completo la luz pública en impresión española.

(h) El reino de Nápoles fué desde lo antiguo feudo de la Iglesia, y tenían sus reyes que recibir la investidura de los romanos Pontífices, que los consideraban como censatarios. A Carlos de Anjou y á su mujer Beatriz les impuso el papa Clemente IV, cuando en 1265 los coronó reyes de Sicilia, un tributo de cuarenta y ocho mil ducados cada un año para la Sede apostólica. En el código H. 50 de la Biblioteca Nacional hay noticia de haberse presentado al Papa el embajador de España, conde de Castro, miércoles 29 de junio de 1614, con acompañamiento de quinientos de á caballo para hacer el feudo acostumbrado en el día de San Pedro, por el reino de Nápoles, entregando la hacanea blanca y una póliga de siete mil escudos.

(i) Desde la baja latinidad se da el nombre de *nepotes* á los sobrinos de los papas, ya por la autoridad que suelen tener, ya por la mano que toman en los públicos negocios. De aquí ha nacido entre los italianos la voz *nepotismo*, para significar el afán con que los hombres, aun á veces ministros de la religion de la verdad, de la fraternidad y de la justicia, menospreciando el mérito y hollando la razon, patrocinan y encumbran con riquezas y dignidades solo á estúpidos parientes, á inmorales parásitos, á indignos aduladores.

(j) Esto es al puerto.



cena de muertes (a): el uno estaba ya hecho badajo de la ene de palo, el otro acababa de sentarse en el poyodonde se pone á caballo el jinete de gazuates. Entre la multitud de gente que los miraba, pasando en alcance de unos tabardillos, se pararon dos médicos, y viéndolos, empezaron á llorar como unas criaturas, y con tantas lágrimas, que unos tratantes que estaban junto á ellos los preguntaron si eran sus hijos los ajusticiados; á lo cual respondieron que no los conocían, empero que sus lágrimas eran de ver morir dos hombres sin pagar nada á la facultad. En esto los cogió á todos la hora; y columbrando el ahorcado á los médicos, dijo: «¡Ah señores doctores! aquí tienen vuestros lugares, si son servidos, pues por los que han muerto merecen el mío, y por lo que saben despachar, el del verdugo. Algun enfermo ha de haber sin galeno, y también presume de aforismo el esparto. En lo que tienen encima, y en los malos pasos sus mulas de vuestros son escaleras de la horca de pelo negro. Tiempo es de verdades. Si yo hubiera usado de receta, como de daga, no estuviera aquí, aunque hubiera asasinado á cuantos me ven. Una docena de misas les pido, pues les es fácil acomodarlas en uno de los infinitos codicillos á que dan prisa.»

XXVI. El gran duque de Moscovia, fatigado con las guerras y robos de los tártaros, y con frecuentes invasiones de los turcos, se vió obligado á imponer nuevos tributos en sus estados y señoríos. Juntó sus favorecidos y criados, ministros y consejeros, y el pueblo de su corte, y díjoles: «Ya los constaba de la necesidad extrema en que le tenían los gastos de sus ejércitos para defenderlos de la invidia de sus vecinos y enemigos, y que no podían las repúblicas y monarquías mantenerse sin tributos; que siempre eran justificados los forzosos y suaves, pues se convierten en la defensa de los que los pagan, redimiendo la paz y la hacienda y las vidas de todos aquella pequeña y casi insensible porción que da cada uno al repartimiento, bienquisto por igual y moderado; que él los juntaba para su mismo negocio; que le respondiesen como en remedio y comodidad propia.» Hablaron primero los allegados y ministros, diciendo que la propuesta era tan santa y ajustada, que ella se era respuesta y concesión; que todo era debido á la necesidad del Príncipe y defensa de la patria; que así podía arbitrar conforme á su gusto en imponer todos y cualesquier tributos que fuese servido á sus vasallos, pues cuanto diesen (1) pagaban á su útil y descanso, y que cuanto mayores fuesen las cargas, mostraría más la grande satisfacción que tenía de su lealtad, honrándolos con ella (b). Oyólos con gusto el Duque,

(a) Era anejo del oficio de *rufán* el robo, el enubrir ladrones, lo alcahuete, valenton, espadachin de alquiler y asesino. Reñanense en cofradías, sin que pudiesen las justicias exterminar estos desalmados, cuya vida y costumbres retrató prodigiosamente Cervantes en la gallarda novela de *Rinconete y Cortadillo*, de donde trasladó algunos buenos rasgos á la comedia del *Rufán dichoso*. El licenciado Cristóbal de Chaves escribió en 1598 una *Relación de la cárcel de Sevilla*, curiosísima por las noticias que da acerca de los rufos ó germanes, y de su lengua y crímenes, que no bastaban á extirpar los más bravos castigos. «Hay semana de diez y ocho azotados y ahorcados, y en galeras de cincuenta en cincuenta; y si todo se apurase no creo habría nadie sin pena y castigo.» (*Bib. Colombina*, Aa. 141, 4, folio 135.)

(1) se pagaban (*MS. original*.)

(b) Fuerza es confesarlo: valieron siempre menos las cortes de Castilla que las de Aragón, y cuando escribía el autor de *La hora*

mas no sin sospecha, y así mandó que el pueblo le respondiese por sí; el cual, en tanto que razonaban los magistrados, había susurrándose en conferencia callada. Eligieron uno que hablase por ellos conforme al sentir de todos. Este, saliendo á lugar desembarazado, dijo: «Muy poderoso señor, vuestros buenos vasallos por mí os besan con suma reverencia la mano por el cuidado que mostráis de su amparo y defensa; y como pueblo que en vuestra sujeción nació, y vive con amor heredado, confiesan que son vuestros á toda vuestra voluntad con ciega obediencia, y os hacen recuerdo que su blason es haberlo mostrado así en todo el tiempo de vuestro imperio, que Dios prospere. Conocen que su protección es vuestro cuidado, y que esa congoja os baja de príncipe soberano de todos y en todo, á padre de cada uno: amor y benignidad que inestimablemente aprecian. Saben las urgentes y nuevas ocasiones que os acrecientan gastos inexcusables, que por ellos y por vos no podeis evitar, y entienden que por vuestra pobreza no los podeis atender. Yo en nombre de todos os ofrezco, sin exceptar algo, cuanto todos tienen; empero pongo á vuestro celo dos cosas en consideración: la una, que si tomáis todo lo que tienen (2) vuestros vasallos, agotaréis el manantial que perpetuamente ha de socorreros á vos y á vuestra sucesión; y si vos, señor, los acabáis, haceis lo que teméis que hagan vuestros enemigos, tanto más en vuestro daño, cuanto en ellos es dudosa la ruina, y en vos cierta; y quien os aconseja que os asoleis porque no os asuelen, ántes es munición de vuestros contrarios que consejero vuestro. Acordáos del labrador á quien Júpiter, según Isopo, concedió una pájara, que para su alimento le ponía cada día un huevo de oro; el cual, vencido de la codicia, se persuadió á que ave que cada día le daba un huevo de oro, tenía ricas minas de aquel metal en el cuerpo, y que era mejor tomárselo todo de una vez que recibirlo continuamente poco á poco y como Dios lo había dispuesto. Mató la pájara, y quedó sin ella y sin el huevo de oro. Señor, no hagais verdad esta que fué fábula en el filósofo; que os haréis fábula de vuestro pueblo. Ser príncipe de pueblo pobre, más es ser pobre y pobreza que príncipe. El que enriquece los súbditos tiene tantos tesoros como vasallos; el que los empobrece, otros tantos hospitales y tantos temores como hombres, y menos hombres que enemigos y miedos. La riqueza se puede dejar cuando se quiere, la pobreza no. Aquella pocas veces se quiere dejar, esta siempre.—La otra es, que debeis considerar que vuestra ultimada necesidad presente nace de dos causas: la una, de lo mucho que os han robado y usurpado los que os asisten; la otra, de

de todos había muerto el espíritu de generosa abnegación, de patriotismo, y para qué es callarlo? de honradez en los más de cuantos se ufanan con el título de procuradores de Cortes. Ambiciosos de escalar los primeros puestos del Estado, pretendientes ridiculos de hábitos, compradores de acostamientos, tratantes con ministros venteros de las leyes, ponían la mira en todo menos en libertar á los pueblos de gabelas injustas, de derramas impías, de vejaciones insolentes. El honroso cargo de representante de una gran ciudad ó un reino había ido viniendo á ser patrimonio de la jauría de familiares necios, de viciosos ó desalmados que formaba el cortejo de un favorito. Quevedo, patrocinando á los débiles contra los tiranos y contra procuradores y consejeros pífidos, es una gran figura en el presente capítulo, en el cual se hallan muchos pensamientos de los que realizan la segunda parte de la *Política de Dios y gobierno de Cristo*.

(2) hoy (*Edic. de Zaragoza y todas las demas.*)

las obligaciones que hoy se os añaden. No hay duda que aquella es la primera; si es también la mayor, á vos os toca el averiguarlo. Repartid pues vuestro socorro como mejor os pareciere entre restituciones de los usurpadores y tributos de los vasallos; y solo podrá quejarse quien os fuere traidor.» En estas palabras los cogió la hora; y el duque levantándose en pié, dijo: «Dénme lo que me falta de lo que tenía, los que me lo han quitado, y páguenme lo demas que hubiere menester mis pueblos. Y porque no se dilate, todos vosotros y los vuestros, que desde lejos con la esponja de la intercesión me habeis chupado el patrimonio y tesoro, quedaréis solamente con lo que trujistes á mi servicio, descontados los sueldos.» Fué tan grande y tan universal el gozo de los inferiores, viendo la justa y piadosa resolución del Duque, que aclamándole Augusto, y los más de rodillas, dijeron: «Queremos en agradecimiento, después de servir con lo que nos repartieros, pagar otro tanto más, y que esta parte quede por servicio perpetuo para todas las veces que cobreros lo que te tomaran; de que resultará que los codiciosos aun tendrán escrúpulo de recibir lo que les dieres.»

XXVII. Un fullero, con más flores que mayo en la haraja, y más gatos que enero en las uñas, estaba jugando con un tramposo sobre tantos, persuadido de que se pierda más largo que con el dinero delante. Concedíale la trocada y la derecha, y la derecha como la quería, porque retirando las cartas, la derecha se la volvía zurda y la trocada se la cobraba con premio. Las suertes del fullero eran unos Apéles en pintar, y las del tramposo boqueaban de tabardillo á puras pintas; las suertes del maullon (a) siempre eran veinte y cuatro, con licencia del cabildo de Sevilla; las del tramposo se andaban tras el mediodía sin pasar de la una. Pues cógelos la hora, y contando el fullero los tantos, dijo: «Vuesa merced me debe dos mil reales.» El tramposo respondió, después de haberlos vuelto á contar, como si pensara pagarlos: «Señor mío, á su ramillete de vuesa merced le falta mi flor, que es perder y no pagar. Vuesa merced se la añada, y no tendrá que envidiar á Daraja. Haga vuesa merced cuenta que ha jugado con un sauco, cuya flor es ahorcar bolsas (b): lo que aquí se ha perdido es el tiempo, que tampoco lo cobrará vuesa merced como yo.»

XXVIII. Los holandeses, que por merced del mar pisan la tierra en unos andrajos de suelo que la hurtan por detrás de unos montones de arena que llaman diques (1), rebeldes á Dios en la fe, y á su rey en el vasallaje, amasando su discordia en un comercio (2) político, después de haberse con el robo constituido en libertad y soberanía delincente, y crecido en territorio por la traición bien armada y atenta, y adquirido con prósperos sucesos opinión belicosa y caudal opulento; presumiendo de hijos primogénitos del Océano, y persuadidos á que el mar, que les dió la tierra que cubría para habitación, no les negaría la que le rodeaba, — se determinaron,

(a) *Maullon* es el gato que maulla mucho. Aplicase aquí al fullero, por lo que trabaja con las uñas y por la algaraza que mueve para marear á su compañero.

(b) Alude á la especie muy válida entre el vulgo, de que fué un sauco de donde se ahorró ludas.

(1) fugitivos á Dios (*Edic. de Zaragoza*). — fugitivos y rebeldes á Dios (*La de Bruselas*).

(2) público, después (*Id.*)

escondiéndole en naves y poblándole de cosarios, á pelear y roer por diferentes partes el occidente y el oriente. Van por oro y plata á nuestras flotas, como nuestras flotas van por él á las Indias. Tienen por ahorro y atajo tomarlo de quien lo trae, y no sacarlo de quien lo cria. Dales más barato los millones el descuido de un general ó el descamino de una borrasca, que las minas. Para esto los ha sido aplauso, confederación y socorro la invidia que todos los reyes de Europa tienen á la suprema grandeza de la monarquía de España. Animados pues con tan numerosa asistencia, han establecido tráfico en la India de Portugal, introduciendo en el Japon su comercio; y cayendo y levantando con porfia providente, se han apoderado de la mejor parte del Brasil, donde no solo tienen el mando y el palo, como dicen, sino el tabaco y el azúcar, cuyos ingenios, si no los hacen doctos, los hacen ricos, dejándonos sin ellos rudos y amargos. En este paraje, que es garganta de las dos Indias, asisten tarascas con hambre peligrosa de flotas y naves, dando qué pensar á Lima y á Potosí (por afirmar la geografía) que pueden paso entre paso, sin mojarse los pies, ir á rondar aquellos cerros, cuando enfadados de navegar, (3) no quieran resbalarse por el río de la Plata, ó irse, en forma de cáncer mordiendo la costa por Buenos-Aires (4), y fortificarse trampantojos del pasaje. Estábase muy despacio aquel senado de hambrones del mundo sobre un globo terrestre y una carta de (5) marear, con un compas, brincando climas y puertos, y escogiendo provincias ajenas; y el príncipe de Orange con unas tijeras en la mano, para encaminar el corte en el mapa por el rumbo que determinase su albedrío. En esta acción los cogió la hora; y tomándole un viejo ya quebrantado de sus años las tijeras, dijo: «Los glotonos de provincias siempre han muerto de ahito: no hay peor repleción que la de dominios. Los romanos desde el pequeño círculo de un surco que no cabía medio celemin de siembra, se engulleron todas sus vecindades; y derramando su codicia, pusieron á todo el mundo debajo del yugo de su primer arado. Y como sea cierto que quien se vierte se desperdicia tanto como se extiende, luego que tuvieron mucho que perder empezaron á perder mucho; porque la ambición llega para adquirir más allá de donde alcanza la fuerza para conservar. En tanto que fueron pobres conquistaron á los ricos; los cuales, haciéndolos ricos y quedando pobres con las mismas costumbres de la pobreza, pegándose las del oro y las de los deleites, los destruyeron, y con las riquezas que les dieron tomaron de ellos venganza. Calaveras son que nos amonestan los asirios, los griegos y los romanos: más nos convienen los cadáveres de sus monarquías por escarmiento que por imitación. Cuanto más quisiéremos encaramar nuestro poco peso, y llegarle en la romana del poder á la gran carga que se quiere contrastar, tanto menos valor tendremos; y cuanto más le retiráremos en ella, nuestra pequeña porción sola contrastará los inmensos quintales que equilibra; y si á nuestra última línea los retiráremos, uno nuestro valdrá mil. Trajano Bocalino apuntó este secreto en el peso de su *Piedra del parangon*: verifi-

(3) quieran (*MS. original*.)

(4) á las Canarias (*Id.*)

(5) navegar (*Edic. de Zaragoza y todas las demas.*)



cándose en la monarquía de España, de quien pretendemos quitar peso, que juntándole al nuestro, nos le disminuía con el aumento (a). Hacernos libres de sujetos fué prodigio; conservar este prodigio es ocupacion para que nos habemos menester todos. Francia y Inglaterra, que nos han ayudado á limar á España de su señorío la parte con que las era formidable vecino, por la propia razon no consentirán que nos aumentemos en señorío que puedan temer. La segur que se añade con todo lo que corta del árbol, nadie la tendrá por instrumento, sino por estorbo. Consentimos han en tanto que tuviéremos necesidad dellos; y en presumiendo de que ellos la tienen de nosotros, atenderán á nuestra mortificación y ruina. El que al pobre que dió limosna le ve rico, ó cobra del ó le pide. Nada adquirimos de nuevo que no quieran para sí los príncipes que nos lo ven adquirir; y por vecino, al paso que desprecian al que pierde, temen al que gana; y nosotros desparramándonos, somos estratagemas del rey de España contra nosotros, pues cuando él por dividirnos y enflaquecernos dejara perder adrede las tierras que le tomamos, era treta y no pérdida; y nunca más fácilmente podrá quitarnos lo que tenemos, que cuando más nos hubiere dejado tomar de lo que tiene tan lejos de sí como de nosotros. Con el Brasil ántes se desangra y despuebla Holanda, que se crece. (4) Ladrones somos: basta no restituir lo hurtado, sin hurtar siempre: ejercicio con que ántes se llega á la horca que al trono. El príncipe de Orange, enfadado y cobrando las tijeras, dijo: «Si Roma se perdió, Venecia se conserva y fué cicatera de lugares al principio como nosotros. La horca que dices, más se usa en los desdichados que en los ladrones, y en el mundo el ladrón grande condena al chico. Quien corta bolsas, siempre es ladrón; quien hurta provincias y reinos, siempre fué rey. El derecho de los monarcas se abrevia en *viva quien vence*. Engendrarse los unos de la corrupcion de los otros es natural, y no violento: causa es quien se corrompe de quien se engendra. El cadáver no se queja de los gusanos que le comen, porque él los cria; cada uno mire que no se corrompa, porque será padre de sus gusanos. Todo se acaba, y más presto lo poco que lo mucho. Cuando nos tenga miedo quien nos tuvo lástima, tendrémos lástima á quien nos tuvo miedo; que es buen trueque. Seamos, si podemos, lo que son los que fueron lo que somos. Todo lo que has apuntado es bueno no lo sepan el rey de Inglaterra y Francia; y acuérdate adelante, que al empezar es estorbo lo que en el mayor aumento es consejo.» Y diciendo y haciendo, echó la tijera á diestro y á siniestro, trasquilando costas y golfos; y de las cercenaduras del mundo se fabricó una corona, y se erigió en majestad de carton.

XXIX. El gran duque de Florencia, que por cuatro letras más ó menos del título de *gran* es malquistado de to-

(a) Rispose Lorenzo (Medici), che la sua stadera era giusta, ma che non l'aggravavano napolitani, et milanesi tanto distratti dalla forza della Spagna, et pieni di popoli, che con tanta mala volontà sopportavano il dominio delle nationi straniere; et le Indie vuote di habitatori. Ma che la devotione, et la moltitudine de i sudditi, la fecondità et l'unione de i stati erano il grave peso che la facevano traboccare. (Pietra del paragone politico, di Fraiano Boccalini.)

(4) A los ladrones bástales no restituir lo hurtado, sin hurtar (Edic. de Zaragoza y siguientes.)

dos los otros potentados, estaba cerrado en un camarín con un criado, de quien fiaba la comunicacion más reservada. Conferian la (2) grandeza de sus ciudades y la hermosura de su estado, el comercio de Liguria y las victorias de sus galeras. Pasaron al grande esplendor con que su sangre se habia mezclado con todos los monarcas y reyes de Europa en los repetidos casamientos con Francia, pues por la línea materna eran sus descendientes los reyes Católicos, el Cristianísimo, y el de la Gran Bretaña. En este cómputo los cogió la hora; y arrebatado della el criado, dijo: «Señor, vuesa alteza de ciudadano vino á príncipe: *Memento homo*. En tanto que se trató como potentado fué el más rico; hoy, que se trata como suegro de reyes y yerno de emperador, *pulvis es*; y si le alcanza la dicha de suegro con Francia, y las maldiciones de casamentero, *in pulverem reverteris*. El estado es fertilísimo, las ciudades opulentas, los puertos ricos, las galeras fortunadas, los parentescos grandes, el dominio por todas (3) razones real; empero ahora he visto en él notables manchas, que le desaliñan y desautorizan, y son estas: la memoria que conservan los vasallos de que fueron compañeros; la república de Luca, que (4) cayó de medio á medio de todo; los presidios de Toscana, que el rey de España tiene; y el *gran sobre duque*, por la emulacion de los vecinos.» El Duque, que en algunas cosas destas no habia reparado, dijo: «¿Qué modo tendré para sacarme estas manchas?» Replicó el criado: «Sacarlas segun están reconcentradas es imposible sin cortar el pedazo; y es mal remedio, porque es mejor andar manchado que roto. Y si las manchas que digo se sacan con el pedazo, no le quedará pedazo á vuesa alteza, y vuesa alteza quedará hecho pedazos: estas son manchas de tal calidad, que se limpian con meterse más adentro, y no con sacarse. Use vuesa alteza de la saliva en ayunas para esto, y vaya chupando para sí poco á poco. Y lo que gasta en dotes de reinas, gástelo en tapar los oídos á los atentos, porque no le sientan chupar.»

XXX. Un alquimista hecho pizcas, que parecia se habia destilado sus carnes y calcinado sus vestidos, estaba engarrado de un miserable á la puerta de uno que vendia carbon. Deciale: «Yo soy filósofo espagórico, alquimista: con la gracia de Dios he alcanzado el secreto de la piedra filosofal, medicina de vida, y transmudacion transcendente, infinitamente multiplicable; con cuyos polvos (5) haciendo proyeccion, vuelvo en oro de más quilates y virtud que el natural, el azogue, el hierro, el plomo, el estaño y la plata. Hago oro de yerbas, de las cáscaras de güevos, de cabellos, de sangre humana, de la orina y de la basura: esto en pocos días y con menos costa. No oso descubrirme á nadie, porquesi (6) se supiese, los príncipes me engullirían en una cárcel, para ahorrar los viajes de las Indias y poder dar dos higas á las minas y al Oriente. Sé que vuesa merced es persona cuerda, principal y virtuosa; y he determinado fiarle secreto tan importante y admirable: con que en

(2) hermosura de sus ciudades y la grandeza de su estado, el comercio de Liorna, (Edic. de Zaragoza y los posteriores.)

(3) estas (Id.)

(4) nació de medio á medio (Id.)

(5) vuelvo en oro (Id. menos la de Bruselas.)

(6) lo supiesen los príncipes, (Todos los impresos.)

pocos días no sabrá qué (1) hacer de los millones.» Ofale el mezquino con una atencion canina y lacerada, y tan encendido en codicia con la turbamulta de millones, que le tecteban los dedos en ademan de contar. Habíale crecido tanto el ojo, que no le cabia en la cara. Tenia ya entre sí condenadas á barras de oro las sartenes, asadores, y calderos y candiles. Preguntóle que cuánto seria menester para hacer la obra. El alquimista dijo que casi nada: que con solos seiscientos reales habia para (2) orear y platicar todo el universo mundo, y que lo más se habia de gastar en alambiques y crisoles; porque el elixir que era el alma vivificante del oro no costaba nada, y era cosa que se hallaba de balde en todas partes; y que no se habia de gastar un cuarto en carbon, porque con cal y estiércol lo sublimaba y digería y separaba y retificaba y circulaba; que aquello no era hablar, sino que delante dél y en su casa lo haría; y que solo le encargaba el secreto. Estaba oyendo este embuste el carbonero, dado á los demonios de que habia dicho no habia de gastar carbon. Pues cógelos la hora, y embistiendo (afeitado con cisco y oliendo á pastillas de diablo) con el alquimista, le dijo: «Vagamundo, pícaro, sollastre, ¿para qué estas dando papilla de oro á ese buen hombre?» El alquimista, revestido de furias, respondió que mentía; y entre el mentís y un sopapo que le dió el carbonero no cupiera un cabello. Armóse una (3) pelaza entre los dos, de suerte que á cachetes el alquimista estaba hecho alambique de sangre de narices. No los podia despartir el miserable, que del miedo del tufo y de la tizne, no se osaba meter en medio. Andaban tan mezclados, que ya no se sabia cuál era el carbonero ni quién habia pegado la tizne al otro. La gente que pasaba los despartió: quedaron tales, que parecian bolas de lámpara, ó que venian de (4) visitarse con tijeras de despavilar. Decia el carbonero: «Oro dice el pringon que hará de la basura y del hierro viejo, ¡y está vestido de torcidas de candiles, y fardado de *daca la maza*! Yo conozco á estos, porque á otro vecino mio engañó otro tragamallas, y en solo carbon le hizo gastar en dos meses en mi casa mil ducados, diciendo que haria oro, y solo hizo humo y ceniza, y al cabo le robó cuanto tenia.» «Perro, replicó el alquimista, yo haré lo que digo; y pues tú haces oro y plata del carbon y de los cantazos que vendes por tizos, y de la tierra y basura con que lo polvoreas, y de las maulas de la romana, ¿por qué yo con la *Arte magna*, con Arnaldo, Géber y Avicena, Morieno, Roger, Hérmes, Theofrasto, Vlstadio, Evónimo, Crollio, Libavio y la *Tabla smaragdina* de Hérmes (a), no he de hacer oro?» El carbonero replicó todo

(1) hacerse (Edic. de Zaragoza y todas las demas.)

(2) enorear (MS. original.)

(3) peleona (Todos los impresos.)—pelarza, (MS. original.)

(4) afeitarse con tijeras (Los impresos.)

(a) Géber, Avicena, Theofrasto Paracelso. De ellos se ha dado ya noticia en las notas de las páginas 314 y 320.

Arnaldo de Villanueva, Cataluña, el Languedoc y la Provenza se disputan este famoso alquimista, médico y teólogo que floreció á fines del siglo xiii, y á quien se deben los descubrimientos de la química. Buscando la piedra filosofal, halló los tres ácidos, sulfúrico, muriático y nítrico; perfeccionó el arte de destilar, é inventó las mezclas de los olores con el espíritu de vino, que tanta aplicacion han tenido en el tocador y en la medicina. Recorrió la España y vivió mucho tiempo en Mompeller y en París, cuya universidad le suscitó fuerte persecucion por algunas proposiciones heréticas. Huyó á Sicilia y amparóse Federico de Aragón; pero llamado por el papa Clemente V, se embarcó para curarle, y pereció en un

enfrifado: «Porque todos esos autores te hacen á tí loco; y tú á quien te cree, pobre. Y yo vendo el carbon, y tú

nafragio, á los setenta y seis años de edad, en 1314. Imprimieron-se reunidas sus obras por vez primera en Lion, 1504.

Morieno, eremita. Nació en Roma en el siglo xii, pasó á Egipto, donde aprendió con el árabe Adsar todo lo que se podia saber entonces de química y de física; y terminados los estudios, retiróse á Jerusalem y habitó el yermo. Hallóse cuando murió Adsar, debajo de su cabeza, un manuscrito que contenia el secreto de la piedra filosofal; y de él y de todas sus obras apoderándose Calid sultan de Egipto, convocó á los sabios de aquellas comarcas para que descifrasen el libro del tesoro. No pareció Morieno en aquella junta, y en él se hallaban fijas las esperanzas de todos; pero al fin, con la de atraer al Sultan á la religion cristiana, fué al Cairo; y dice la historia que aun cuando no logró su generoso propósito, descubrió al Sultan el secreto de la alquimia. La conferencia de Morieno y Calid, escrita en árabe, ha sido vertida al latin, y al frances posteriormente, mas el anhelado secreto no pareció en ella. Atribuyense á Morieno los siguientes tratados: *Liber de distinctione mercurii aquarum*.—*Liber de compositione alchymiae*.—*De re metallica, metallorum transmutatione, et occulta summaque antiquorum medicina libellus*. Nuestro rey el sabio don Alonso retrata á Adsar en el egipcio gran químico, filósofo y astrólogo que supone hizo venir de Alejandría para que le enseñase á hacer la piedra filosofal, año 1272.

Roger. El MS. dice Roger. Los impresos Roger.

Hérmes. «¿Quién fué (pregunta Andrés Libavio, en sus *Comentarios de la alquimia*)? Fué su inventor ó propagador en el Egipto, y dió nombre á la ciencia, que por él *arte hermética* se llama. Quién le tiene por Mercurio el tebano, quién por Moises; ambos contemporáneos. Una misma es la significacion de sus nombres: la del primero, *caduciferi*, el que lleva el caduceo; la del segundo, *ductor et baculi gestator*, capitan y que lleva la vara.—Suponen pues que Hérmes ó Mercurio rey de Tebas, civilizador de los egipcios, á quien dan el dictado de *Trismegisto*, que vale tanto como tres veces maestro, ó tres veces grande, se esmeró en la química y fijó sus grandes secretos. Y con este nombre los alquimistas y astrólogos pretendieron autorizar su ocupacion, haciéndola con tanta antigüedad más misteriosa. El *arte ó filosofia hermética* quiere explicar los fenómenos naturales con solos tres principios activos, á saber, sal, azufre y mercurio, y dos pasivos, que son tierra y agua. Y la *fisica hermética* forma en la medicina el sistema de reducir á estos tres principios activos todas las causas de las enfermedades.

La *Tabla smaragdina* de Hérmes ha de considerarse, por tanto, escrita en los siglos medios. Tiene por título: *Hermelis Trismegisti Tabula smaragdina, qualis á majoribus nostris ad nos pervenit*. Hállase en la *Bibliotheca Chemica, contracta ex delectu et emendatione Nathanis Albini D. M., Genevae, m. dccc. lxxii*.—Los astrólogos poseen otro documento no ménos peregrino, y le he visto al folio 107 en la edicion de Venecia, 1519, del *Cl. Ptolomaei Phyladensis Alexandrini quadripartitum*, etc. Hélo aquí: *Incipit liber aforismorum Centum Hermetis*.

Vlstadio. El MS. estampa *Vulstacio*, los impresos *Vulstadio*. Libavio le cuenta en la clase de médicos llamados *chymiatros* que unieron al antiguo método la farmacia, la química y la alquimia; colocándolo despues de los prístinos árabes y sarracenos Avicena, Mesne, Rhases y Bulcasis, entre Alberto magno, Arnaldo ó Arnaldo de Villanueva y Raimundo Lull.

Evónimo. El MS. y los impresos dicen Evonimo. Suyo es un librito que se retula: *Evonymus Philastro. Tesaurus de remediis secretis. Lugduni: Apud Anton. Vincentium, 1557*, que no he podido examinar.

Crollio ó Crollio, como en los impresos y en el MS. se lee. Oswaldo Croll nació en Wéter en el Hesse. Las universidades de Heidelberg, Strasbourg y Ginebra le enseñaron la medicina y particularmente la química. Mostróse ciego entusiasta de Paracelso; recorrió dilatados países, fué ayo del conde de Pappenheim, médico del príncipe cristiano de Anhalt, y murió en 1609. En este mismo año se imprimió en Francfort su *Basilica chymica*, obra á que debe más reputacion, y donde ideas útiles y de aplicacion verdadera hállanse envueltas en un caos de delirios y de hipótesis ridículas. La version francesa tiene este título: *La Royale chimie de Crollius traduite en francois par J. Marcel de Boulenc*.—Lion, 1627.

Andrés Libavio, doctor en medicina, fué natural de Halle, en Sajonia, y dirigió la academia de Coburgo en la Franconia, donde murió por los años de 1616. Habló el primero de la transfusion de la sangre; idea que dice le sugirió el remozamiento de Eson. Sor-



le quemas: por lo cual yo le hago plata y oro, y tú hollín. Y la piedra filosofal verdadera es comprar barato y vender caro, y váyanse noramala todos esos Fulanos y Zutanos que nombras; que yo de mejor gana gastara mi carbon en quemarte empapelado con sus obras que en venderle. Y vuesa merced haga cuenta que hoy ha nacido su dinero; y si quiere tener más, el trato es garrón de la moneda, que empreña al doblon, y le hace parir otro cada mes. Y si está enfadado con sus talegos, vácielos en una necesaria; y cuando se arrepienta, los sacará con más facilidad y más limpieza que de los fuelles y hornillos deste maldito, que siendo mina de arrapiezos, se hace Indias de hoz y de coz, y amaga de Potosí.»

XXXI. Venían tres franceses por la montaña de Vizcaya á España: el uno con un carretoncillo de amolar tijeras y cuchillos por babador; el otro con dos corcovas de fuelles y ratoneras; y el tercero con un cajón de peines y alfileres. Topólos en lo más agrio de una cuesta descansando, un español que pasaba á Francia á pie con su capa al hombro. Sentáronse á descansar á la sombra de unos árboles; travaron conversacion: ofanse tejidos el *hui monsieur* con el *pesia tal*, y el *per ma fue* con el *voto* (1) á *cristo*. Preguntado por ellos el español dónde iba, respondió que á Francia, huyendo por no dar en manos de la justicia, que le perseguía por algunas travesuras; que de allí pasaría á Flandes á desenojar los jueces y desquitar su opinion, sirviendo á su rey; porque los españoles no sabían servir á otra persona en saliendo de su tierra. Preguntado cómo no llevaba oficio ni ejercicio para sustentarse en (2) camino tan largo, dijo que el oficio de los españoles era la guerra, y que los hombres de bien pobres pedían prestado ó limosna para caminar, y los ruines lo hurtaban, como los que lo son en todas las naciones; y añadió que se admiraba del trabajo con que ellos caminaban desde Francia por tierras extrañas y partes tan ásperas y montuosas, con mercancía, á riesgo de dar en manos de salteadores. Pidióles refiriesen qué ocasion los echaba de su

prendió al vulgo con este descubrimiento, presentándolo como el gran preservativo contra las enfermedades y único medio de desconcertar los estragos de la vejez. Un beneditino hizo el ensayo de la transfusion; y el anatómico ingles Lower y el médico frances Denis la perfeccionaron en 1668. La inmoralidad creció con esto del modo más escandaloso, y fué necesario que á ello pusiese coto con graves penas un decreto del Parlamento. A las obras de química debió Libavio extraordinario crédito, y los farmacéuticos aun conservan su nombre en el *licor fumante de Libavio*. A la altura de Jorge Agricola llegó á ponerle su *Historia de los metales*; pero los progresos que han hecho en estos últimos tiempos la química y la metalurgia tienen hoy arrinconados sus voluminosos escritos. Hé aquí algunos de ellos: *Tractatus duo physici, prior de vulneribus, posterior de eructatione cadaverum*. Francofurt, 1594.—*Alchymia Andreae Libavii, recognita, emendata, et aucta, tum dogmaticis et experimentis nonnullis; tum commentario medico, physico, chymico*. Francofurti, excudebat Joannes Saurius civ. 10. vi.—*Alchymia triumphantis de injusta in se collegii Galenici spurii in Academia Parisiensis censura*. Francofurt, 1607.—*Ars probandi mineralia*.

Como los alquimistas se valían de letras y de palabras nunca vistas ni oídas, para entender sus libros era indispensable el siguiente, que hoy se ha hecho ya sumamente raro: *Lexicon Alchemiacae, sine Dictionarium alchemisticum, cum obscurorum verborum, et rerum hermeticarum, tum Theophrast. Paracelsicarum phrasium planam explanationem continens*. Auctore Martino Rulando, Philosophiae, et Med. D. et Caes. Maie. Personae SS. Medico. Francofurt, 1612.

(1) Voto á tal. (Los impresos.)—Voto á xpo (El original.)  
(2) un tan largo camino, (Los impresos.)

tierra, y qué ganancia se podían prometer de aquellos trastos con que venían brumados, espantando con la vision mulas y rocines, y dando qué pensar á los caminantes desde léjos. El amolador, que hablaba el castellano ménos zabucado de gabacho, dijo: «Nosotros somos gentilhombres malcontentos del rey de Francia; hémonos perdido en los rumores, y yo he perdido más por haber hecho tres viajes á España, donde con este carretoncillo y esta muela sola he mascado á Castilla mucho y grande número de pistolas, que vosotros llamais doblones.» Acedósele al español todo el gesto, y dijo: «Arrebócese su sanar de lamparones el rey de Francia si sufre por malcontentos *mercan fuelles y peines y alfileres, y amoladores.*» Replicó el del carretón: «Vosotros debéis mirar á los amoladores de tijeras como á flota terrestre, con que vamos amolando y aguzando más vuestras barras de oro que vuestros cuchillos. Mirad bien á la cara á ese cantarillo quebrado, que se orina con estangurria; que él nos ahorra, para traer la plata, de la taboala del Océano y de los peligros de una borrasca; y con una rueda, de velas y pilotos. Y con este edificio de cuatro trancas y esta piedra de amolar, y con los peines y alfileres derramados por todos los reinos, aguzamos, peinamos y sangramos poco á poco las venas de las Indias. Y habeis de persuadirnos que no es el menor miembro del tesoro de Francia el que cazan las ratoneras y el que soplan los fuelles.» «Voto á (3) Dios, dijo el español, que sin saber yo eso, echaba de ver que con los fuelles nos llevábades el dinero en el aire, y que las ratoneras ántes llenaban vuestros gatos que disminuían nuestros ratones. Y he advertido que despues que vosotros vendéis fuelles, se gasta más carbon y se cuecen ménos las ollas; y que despues que vendéis ratoneras, nos comemos de ratoneras y de ratones; y que despues que amolais cuchillos, se nos toman, y se nos gastan y se nos mellan, y se nos embotan (4) las herramientas; y que amolando cuchillos, los gastais y echais á perder, para que siempre tengamos necesidad de comprarlos los que vendéis. Y ahora veo que los franceses sois los piojos que comen á España por todas partes, y que venís á ella en figura de bocas abiertas, con dientes de peines y muelas de aguzar; y creo que su coñezon no se remedia con rascarse, sino que ántes crece, haciéndose pedazos con sus propios dedos. Yo espero en Dios he de volver presto, y he de advertir que no tiene otro remedio su coñezon sino espulgarse de vosotros y condenaros á muerte de uñas. Pues ¿qué diré de los peines, pues con ellos nos habeis introducido las calvas, porque tuviésemos algo de Calvino sobre nuestras cabezas? Yo haré que España sepa estimar sus ratones y su caspa y su moho, para que váis á los infiernos á gastar fuelles y ratoneras.» En esto los cogió la hora, y desatinándole la cólera, dijo: «Los demonios me están retentando de mataros á puñaladas, y abernardarme (a), y hacer Roncesvalles estos montes.» Los bugres (b), viéndole demudado y colérico, se levantaron con un zurrido monsieur,

(3) tal, dijo. (Los impresos.)

(4) todas. (Id.)

(a) Esto es, convertirme en un Bernardo del Carpio y hacer otra de Roncesvalles: victoria que le atribuyen los antiguos cantares.

(b) En francés *bugre*. Vale, según su propia significacion, *sodomita*; pero sin idea semejante, y aun sin saber lo que significa, aplicase por desprecio esta palabra en castellano á cualquier extranjero.

hablando galalones (a), pronunciando el *mondii* en tropa, y la palabra *coquin*. En mal punto la dijeron, que el español, arrancando (1) la daga y arremetiendo al amolador, le obligó á soltar el carretoncillo, el cual con el golpe empezó á rodar por aquellas peñas abajo, haciéndose andrajos. En tanto por un lado el de las ratoneras le tiró un fuelle; mas embistiendo con él á puñaladas, se los hizo flautas, y astillas las ratoneras. El de los peines y alfileres, dejando el cajón en el suelo, tomó pedrisco. Empezaron todos tres contra el pobre español, y él contra todos tres, á descortezarse á pedradas: munición que á todos sobra en aquel sitio, aun para tropezar. De miedo de la daga, tiraban los gabachos desde léjos. El español, que se reparaba con la capa, dió un puntapié al cajón de alfileres, el cual á tres calabazadas que rodando se dió en unas peñas, empezó á sembrar peines y alfileres, y viéndole disparar puas de azofar, hecho erizo de madera, dijo: «Ya empiezo á servir á mi rey,» y viendo llegar (2) pasajeros de á mula que los despartieron, les pidió le diesen fe de aquella victoria que á fuer de espulgo había tenido contra las comezones de España. Rióronse los caminantes sabida la causa; y llevándose al español á las ancas de una mula, dejaron á los franceses ocupados á pedradas: buscar los alfileres, que se habían sembrado por aquellos cerros. El español desde léjos, yendo caminando, les dijo á gritos: «Gabachos, si son malcontentos en su tierra, agradézcanme el no dejar de ser quien son en la mia.»

XXXII. La serenísima república de Venecia, que por su gran seso y prudencia en el cuerpo de Europa hace oficio de cerebro, miembro donde reside la corte del juicio, se juntó en la grande sala á consejo pleno. Estaba aquel consistorio encordado de diferentes voces, graves y leves, en viejos y en mozos; unos doctos por las noticias, otros por las experiencias: instrumento tan bien templado y de tan rara armonía, que al són suyo hacen mudanzas todos los señores del mundo. El Dux, príncipe coronado de aquella poderosa libertad, estaba en solio eminente con tres consejeros por banda: de la una parte un *capo* de cuarenta, de la otra dos. Asistian próximos los secretarios que cuentan las boletas, y en sus lugares en pié (3) los ministros que las llevan. El silencio desaparecía á los oídos de tan grande concurso, excediendo de tal manera al de un lugar desierto, que se persuadian los ojos era auditorio de escultura: tan sin voz estaban los achaques en los ancianos y el orgullo en los mancebos. Rompiendo esta atencion, dijo: «La malicia introduce la discordia (4), y la disimulacion hace bienquisto al que siembra la cizaña del propio que la padece. A nosotros nos ha dado la paz y las victorias la guerra que habemos ocasionado á los amigos; no la que habemos hecho á los contrarios. Serémos libres en tanto que ocupáremos á

(a) Los libros de caballería y las historias de Carlo-Magno y Morgante hacen señalada memoria del conde *Galalon* de Maganza, por cuya traicion cuentan que murieron los doce Pares de Francia.

(1) de la daga (Los impresos.)

(2) á pasajeros de á mula (Id.)

(3) dos ministros (Id.)

(4) en el mundo, y la astucia conserva al mundo en discordia, y la disimulacion etc. (Id.)

los demas en cautivarse. Nuestra luz nace de la disension: somos discípulos de la centella que nace de la contienda del pedernal y del eslabon. Quanto más se aporean y más se descalabran los monarcas, más nos encendemos en resplandores. Italia, despues que falleció (5), es á la manera de una doncella rica y hermosa que, por haber muerto sus padres, quedó en poder de tutores y testamentarios con deseo de casarse; empero los testamentarios, como cada uno se le ha quedado con un pedazo, por no restituirla su dote y quedarse con lo que tienen en su poder, unos se la niegan y afean al rey de España, que la pretende; otros al rey de Francia, que la pide; poniendo en los maridos las faltas que estudian en sí. Estos tutores tramposos son los potentados, y entre ellos no se puede negar que nosotros no la hemos arrebatado grande parte de su patrimonio. Hoy aprietan la dificultad por casarse con ella estos dos pretendores. Del rey de Francia nos hemos valido para trampear esta novia al rey Católico, que por la vecindad de Milan y Nápoles la hace señas, y registra desde sus ventanas las suyas. El rey Cristianísimo, que por estar léjos no la podía rondar ni ver, y se valia de papeles, hoy con las tercerías de Saboya y Mantua y Parma, y llegándose á Piñarol, la acecha y galantea, nos obliga á que se la trampeemos á él (6). Esto es fácil, porque los franceses con ménos trabajo se arrojan que se traen; con su furia echan á los otros, y con su condicion á sí mismos. Empero conviene que se disponga esta zancadilla de suerte que, haciendo efectos de divorcio, cobremos caricias de casamenteros. Derramada tiene la atencion el rey Cristianísimo y delincuente la codicia en Lorena, y peligrosas en Alemania las armas, pobres sus vasallos. Tiene desacreditada la seguridad en el mundo: por esto temerosos en Italia los confidentes. Entradas son que no apurarán nuestra sutileza para lograrlas, pues su propio ruido disimulará nuestros pasos. No hemos menester gastar sospecha en los que se han fiado dél; que sus arrepentimientos nos la ahorran. Lo que me parece es que con alentarle á que prosiga en los hervores de su ambicioso y crédulo desvanecimiento, conquistáremos al rey de los franceses con Luis XIII. El esfuerzo último se ha de poner en conservar y crecer en su gracia á su privado. Este, que le quita cuanto (6) se añade, le disminuye al paso que crece. Miétras el vasallo fuere señor de su rey, y el rey vasallo de su criado, aquel será aborrecido por traidor, y este despreciado por vil. Para decir *muera el Rey* en público, no solo sin castigo sino con premio, se consigue con decir *viva el privado*. Nó sé si le fué más aciago á su padre, Francisco Revellac que á él Richeleu (c); lo que sé es que entre los dos le han dejado huérfano: aquel sin

(5) el imperio (Los impresos.)

(b) Declarada entre España y Francia la guerra en junio de 1635, de Bellievre, embajador extraordinario cerca de los príncipes de Italia, hizo con ellos liga en el siguiente mes de julio para invadir el Milanésado y hostilizar duramente á los españoles. En ella entraron los duques de Mantua, Parma y Saboya, prometiendo aportar armas y dinero, y componer, con el de Luis XIII, un ejército de veinte y cinco mil infantes y ocho mil y quinientos jinetes, á cuyo frente se debía poner el mismo duque de Saboya, y en ausencia suya el mariscal de Crequi, general de las tropas francesas.

(c) á sí (Los impresos.)

(6) Asesinó *Ravaillac* en 14 de mayo de 1610 al magno Enrico de Francia; y pereció en 27 de aquel mes entre suplicios que los jueces imaginaron proporcionados al crimen.